

MARIANA RODRÍGUEZ

UCA

LA TOLERANCIA Y EL ANHELO POR EL RECONOCIMIENTO

marian.rodriquezr@hotmail.com

Recepción: Agosto 2016

Aceptación: Noviembre 2016

RESUMEN

Vivimos en una sociedad plural, plagada de diferencias que a veces enriquecen, y a veces generan conflictos. Pero, sin embargo, no buscamos uniformidad, sino tolerancia. En este mundo donde las verdades absolutas han pasado de moda, ¿qué significa luchar por la tolerancia? ¿Buscamos simplemente respeto? ¿Podrá ésta satisfacer nuestro anhelo más profundo? Creemos que no, que lo que está detrás de toda lucha por conseguir la tolerancia es el anhelo por el verdadero reconocimiento, y que la tolerancia, que de por sí encierra algo de rechazo y no aceptación respecto de la alteridad, nunca logrará provocar en el otro la experiencia de lo valioso.

PALABRAS CLAVE

Tolerancia. Reconocimiento mutuo. Narcisismo. Valor. Comuni3n.

RESUMO

Moramos numa sociedade plural, plagada de diferen7as que as vezes enriquecem, e as vezes geram conflitos. Mais, por3m, n3o procuramos uniformidade, mais toler3ncia. Nesse mundo, onde as verdades absolutas t3m passado de moda, o que significa lutar pela toler3ncia? Procuramos simplesmente respeito? Poder3 essa satisfazer nosso anelo mais profundo? Acreditamos que n3o, que o que esta detrs de toda luta por conseguir a toler3ncia e o desejo por ver o verdadeiro reconhecimento, e que a toler3ncia, que de por si j3 3 portadora de rejei33o e n3o de aceita33o respeito da alteridade, nunca conseguir3 provocar no outro a experi3ncia do valioso.

PALAVRAS-CHAVE

Toler3ncia. Reconhecimento mutuo. Narcisismo. Valor. Comunh3o.

1. INTRODUCCIÓN

Los hombres contemporáneos, nos encontramos en una situación extremadamente paradójica: por un lado, necesitamos entrar en comunión con lo otro para poder realizarnos y tener una vida plena; pero por otro, no hacemos más que crear barreras y muros entre nosotros y el mundo.

“El hombre y la mujer no cesan de decirse el uno al otro: «¿dónde estás?»”.¹ Entran en contacto pero están desencontrados. Se dejan arrastrar por el juego impersonal del eros, en el que se buscan para encontrarse por lo menos un instante, perderse de nuevo, o no encontrarse jamás. Esta clase de amor, si es que se le puede llamar ‘*amor*’, está impregnada de angustia, de vacío absoluto. Se basa en el anhelo de ser colmados aunque sea un instante por un ser del cual se espera la revelación de lo absoluto, algo irrealizable. Y la decepción inevitable no se hace esperar.² Hemos llegado a un punto tal, que el desierto en el que se encuentra el corazón del hombre ya no tiene ni principio ni fin.

Pero, sin embargo, hay algo que nos impide quedarnos encerrados en nosotros mismos. Nuestra mirada busca comulgar con la mirada del otro, necesitamos ser reconocidos en nuestro valor.

Dada esta situación y la sociedad plural en la que vivimos, en esta instancia queremos hacernos el siguiente cuestionamiento: hoy en día, presenciamos claras diferencias entre las distintas sociedades, culturas, religiones, personas, etc., sin embargo, no buscamos uniformidad, sino tolerancia. ¿Pero qué queremos significar con esta palabra? ¿Qué buscamos pidiendo tolerancia? En un mundo donde las verdades absolutas han pasado de moda, ¿no será que la tolerancia se nos presenta como el valor defensor del relativismo? ¿Podrá ésta satisfacer nuestro anhelo más profundo? ¿O será quizás que lo que está detrás de toda lucha por conseguir la tolerancia es este anhelo por el verdadero reconocimiento, que yace en lo más profundo del hombre?

En el presente trabajo intentaremos adentrarnos en estas dos grandes dimensiones de la existencia humana, teniendo siempre como referente la sociedad actual. Partiremos inicialmente de la propuesta que hace Rainer Forst en *Justificación y crítica. Perspectivas de una teoría crítica de la política* acerca de la tolerancia, para luego remontarnos a la Antigua Grecia y sumergirnos en la tragedia *Filoctetes* de Sófocles, la cual nos permitirá comprender mejor el fenómeno del reconocimiento.

2. EL NARCISISMO Y EL MIEDO A LO OTRO

*Comunión y alteridad: ¿cómo reconciliar ambas? ¿Acaso no se trata de realidades mutuamente excluyentes e incompatibles entre sí?*³
Ioannis Zizioulas, *Comunión y alteridad*.

Uno de los mayores obstáculos que se nos presentan hoy en día para entrar en relación con los demás, es el desierto que ocupa el corazón del hombre. “¿Alguna vez se organizó tanto, se edificó, se acumuló tanto, y simultáneamente, se estuvo alguna vez tan atormentado por la pasión de la nada?”.⁴ El desierto que presenciamos es un desierto paradójico, sin catástrofes ni tragedias: un desierto silencioso.

Vivimos en la era de los espacios abandonados, vaciados de sustancia. El hundimiento de los ideales y el vacío de sentido ya no llevan a la angustia metafísica, lo único que hay es indiferencia, objetividad fría, abandono de lo real, soledad indiferente. Y el hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, ya nada le sorprende. El mundo ha perdido para él su encanto.

Para lo único que hay lugar es para la relación del sí mismo a sí mismo. La figura de Narciso representa el nuevo modelo de hombre y de sus relaciones, obsesionado y replegado sobre sí. Y como consecuencia de esto, sufrimos una fuerte fragmentación tanto fuera como dentro de nosotros mismos. La relación con el hombre ha sucumbido y la figura del otro ha desaparecido de la escena social, el hombre se ha vuelto incapaz de vivir lo otro. Renuncia al amor diciendo “Me amaré a mí mismo lo suficiente como para no necesitar de otro que me haga feliz”.⁵

El proceso narcisista es la estrategia del vacío. El mundo se ha convertido en un infierno de mónadas insensibles e independientes.⁶ En todas partes encontramos soledad, vacío, dificultad para sentir y ser transportado fuera de nosotros mismos. “¿Por qué no puedo yo amar y vibrar? Desolación del Narciso, demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el Otro, para salir de sí mismo, y, sin embargo, insuficientemente programado, ya que todavía desea una relación afectiva”.⁷

Adorno señala que una de las condiciones que hizo posible Auschwitz fue la incapacidad para ver al otro, para amarlo.

El tipo (de hombre) inclinado a la fetichización de la técnica es, dicho llanamente, el correspondiente a personas incapaces de amar. [...] se trata de seres absolutamente fríos, que tienen que negar en su fuero interno la posibilidad del amor, y que rechazan de entrada, antes de que pueda desarrollarse, su amor a los demás. La capacidad de amor que sobrevive aun en ellos es forzosamente volcada a los medios. Lo alarmante es que se trata de una tendencia profundamente coincidente con la tendencia civilizatoria global.⁸

La ausencia de experiencias profundas nos ha llevado a una situación de gran miseria espiritual y, por ende, a la parálisis del eros. La frialdad, la indiferencia y la soledad que inundan el corazón humano han provocado que tengamos una relación de perfil con la vida, signo de que huimos de las relaciones fraternas. Nos refugiamos en la *curiositas* que nos protege del temor al desencuentro y en las máscaras que impiden las relaciones interpersonales profundas.

Es así que hemos llegado a asimilarnos a las cosas, y nos hemos convertido en cosas disponibles, meras mercancías que terminan por perderse en la masa. El carácter instrumental de la vida nos lleva a presuponer la imposibilidad de entrar en comunión con lo otro. De donde, el otro se ha convertido en nuestro peor enemigo y nuestro pecado original, como diría Sartre. Cada vez nos sentimos más amenazados por la presencia del otro, y este temor no es más que el temor a lo distinto.⁹

En el miedo solo importamos nosotros, consiste en una intensa atención centrada en uno mismo.¹⁰ Y justamente por esto, debemos tener en cuenta que “la visión del mundo que nos permite (el miedo) es extremadamente estrecha. A diferencia de la pena y de la preocupación empática, no admite la realidad plena de las demás personas”.¹¹ Cuando experimentamos el miedo, no podemos salirnos del centro y esto achica nuestro campo de visión, nuestro horizonte, nuestra perspectiva. Y es cierto que esto sucede con todas las reacciones afectivas, siempre respondemos desde nosotros mismos, pero Marta Nussbaum en *La nueva intolerancia religiosa* señala un rasgo del miedo que lo hace resaltar sobre las demás emociones: el miedo va más allá porque amenaza o impide el amor.¹²

El miedo a lo otro nos impide entrar en comunión con los demás. Y la situación se torna mucho peor si ese otro piensa distinto o tiene intereses religiosos, políticos diferentes de los nuestros. Es decir, este rechazo que se da a nivel interpersonal (a pequeña escala), en la relación yo-tú, se complejiza mucho más a nivel social. Pareciera que la diferencia excusa el rechazo y así también la intolerancia y la violencia. Y si en el mejor de los casos, llegáramos a tolerar al otro, no sería más que una tolerancia pasiva que se asemejaría más a la indiferencia que al respeto real.

Creemos que el hombre contemporáneo ha perdido el rumbo porque ha olvidado lo que realmente es, o peor aún, se ha vaciado a sí mismo de significado. El narcisismo, el individualismo, el solipsismo en el que estamos inmersos no son más que el reflejo del miedo que poseemos frente a lo otro, a lo diferente, a lo que no podemos controlar, en definitiva, es el miedo a la heteronomía. Hemos perdido conciencia de la necesidad que tenemos de establecer vínculos humanos, fraternos; hemos dejado de mirar el entramado del cual formamos parte; nos hemos aislado así de los demás al experimentarlos como amenaza, y nos hemos vuelto incapaces para experimentar lo otro. Necesitamos volver a nuestro centro de gravedad para poder desplegarlos en lo propio, y recordar que nuestra vida depende de la fecundidad de los vínculos.

3. LA TOLERANCIA Y EL RECONOCIMIENTO MUTUO

*Y me repito a mí misma que el secreto de la vida debe residir en ese abrazo y en esa mirada, y que la vida humana es posible por cada milagro de resurrección escondido en cada uno de esos abrazos y esas miradas.*¹³

Marisa Mosto, *El mal y la libertad*.

3.1. *Tolerancia del respeto y tolerancia del permiso*

Rainer Forst, un filósofo alemán nacido en 1964, nos presenta en *Justificación y crítica. Perspectivas de una teoría crítica de la política*, dos formas distintas de entender la tolerancia:

Para algunos es [...] una convivencia pacífica y cooperativa en reconocimiento mutuo e igualdad política, para otros es un sinónimo de poder, de dominación y de exclusión.¹⁴

A la primera, Forst la llama *tolerancia del respeto*, mientras que a la segunda le asigna el nombre de *tolerancia del permiso*. Pero cabe preguntarse, ¿es posible una tolerancia que respete, que reconozca, a la manera como lo pretende hacer la tolerancia del respeto? ¿No estaremos queriendo combinar conceptos contradictorios entre sí?

Más allá de la ambigüedad del término o de la disputa en torno a la *tolerancia*, según este autor podemos designar tres componentes comunes a todas sus interpretaciones: rechazo, aceptación y refutación.¹⁵ Lo primero que cabe señalar es que, para que algo sea evaluado como digno de tolerancia debe ser considerado errado. Es decir, que la convicción, la práctica, el interés, o simplemente la alteridad del otro en cuestión debe ser evaluada como incorrecta o mala por y para nosotros. Además, debemos tener razones que fundamenten que no sería correcto no ser tolerantes frente aquello, lo cual llama *razones de aceptación*. Por último, debe haber también *razones de refutación* que determinen los límites de la tolerancia.

Pero si aceptamos esto y volvemos al cuestionamiento inicial, nos surge la siguiente pregunta: ¿cómo combinar el respeto con el rechazo, la aceptación y la refutación que encierra toda tolerancia? Lo que nosotros creemos es que hablar de *tolerancia del respeto* es pedirle a ésta que nos dé algo que no nos puede dar; la tolerancia ya implica de por sí un rechazo que el respeto intenta anular. No hay tolerancia que no se nos presente como *del permiso*. Y ésta es un poco paradójica: podemos caracterizarla por “el vínculo entre libertad y dominación, entre inclusión y exclusión, entre reconocimiento y menosprecio”.¹⁶ Estamos frente al caso en el que hay *reconocimiento* de una minoría, pero ésta es, a su vez, dominada y menospreciada. Para ilustrarnos esto Forst nos presenta el ejemplo de los hugonotes del siglo XVI en París, cuya historia no detallaremos para no irnos de tema, pero lo importante es que si bien el edicto realizado por el rey en su momento los reconocía como ciudadanos franceses, seguían siendo vistos como ciudadanos de segunda clase. El edicto lo único que hacía era consolidar su posición de meramente *tolerados*. Y ciertamente, este tipo de reconocimiento se acerca más a una ofensa que al respeto.

Consideramos que tolerar no implica un reconocimiento verdadero y completo del otro, siempre hay un componente de rechazo y de refutación. Es decir,

nunca puede ser “una forma completa de reconocimiento positivo de una práctica o de una convicción”.¹⁷ Y esto resulta mucho más trágico cuando lo que se está rechazando no es una acción, una práctica, una determinada inclinación política o religiosa, sino más bien la identidad propia del hombre. Se termina eliminando así la alteridad y no se le reconoce su dignidad justamente por esa diferencia. Estamos de vuelta en el narcisismo.

3.2. *Filoctetes y el reconocimiento mutuo*

Para aclarar un poco más la cuestión, consideramos sumamente valioso replantearnos qué significa el reconocimiento, qué implica, de dónde viene ese anhelo tan profundo del hombre, y si es que puede llegar a ser satisfecho de algún modo por la tolerancia. Realizaremos esto a partir de la tragedia griega *Filoctetes* de Sófocles. Pasaremos ahora a relatar un poco la historia.

Mientras volvía de una expedición de los aqueos, Filoctetes fue atacado por una víbora que lo dejó gravemente herido, por lo que fue abandonado por Odiseo y sus tropas en la Isla de Lemnos. Esta herida le provocaba un intensísimo dolor, acompañado de gritos y llantos, hasta que el sueño se apoderaba de él. Sumado a esto, Filoctetes se encontraba solo. Las palabras que pone Sófocles en la boca de Filoctetes resultan ser muy conmovedoras:

¿Imaginas tú qué clase de despertar tuve de mi sueño una vez que partieron? ¿Qué lágrimas derramé, pues no quedaba en la región ni un hombre que me socorriera, ni quien pudiera tomar parte en mi dolor cuando sufriera? Observando todo lo que me rodeaba, no encontraba nada que no fuera aflicción y de ésta, en abundancia.¹⁸

Tenía que servirse solo a sí mismo y experimentaba que tener un techo y fuego no le proporcionaba todo lo que él deseaba, o mejor dicho, todo salvo que dejara de sufrir. Nunca nadie se acercaba a la isla salvo de casualidad, y cuando llegaban se compadecían de él pero nadie lo llevaba consigo.¹⁹ Es muy impactante cómo el autor pone constantemente en boca de Filoctetes palabras de súplica, palabras que no dejan de pedir a gritos la presencia del otro, un rostro, alguien con quien hablar, con quien compartir, una oreja que lo escuche, un vínculo, amistad, en definitiva: amor.

Pero un día, Neoptólemo, hijo de Aquiles, arriba a la isla enviado por Odiseo para engañar a Filoctetes. Un adivino llamado Heleno había profetizado que los aqueos nunca destruirían Troya si no llevaban a Filoctetes hasta allí, quien poseía el arco y las flechas de Hermes. Dada esta situación, Neoptólemo debía engañar a Filoctetes y persuadirlo de ir a Troya con el pretexto de que allí sería curado de su dolorosa herida.

Ya desde el inicio del diálogo entre estos dos, podemos ver la alegría que posee Filoctetes de haber encontrado por fin un compañero, que no solo fuera una presencia física próxima a la suya, sino alguien que reconociera su dignidad de personas, su alteridad, su identidad. En definitiva, alguien a quien pudiera entregar su corazón.

Filoctetes: ¿Ya estáis preparados para partir, hijo? [...] ¡Por tu padre, por tu madre, oh hijo, por lo que te es más querido en la casa!, me dirijo a ti como suplicante, no me dejes así solo, abandonado en medio de estas desgracias en las que me ves y con las que has oído que vivo. [...] Es mucha la repugnancia que causa esta carga, lo sé. Sin embargo, sopórtala. [...] No me dejes así abandonado, lejos de toda huella de los hombres, sino, por el contrario, sálvame.²⁰

Y es que no nos basta con vivir en una sociedad, en la que haya acciones articuladas de un grupo de hombres en torno a un mismo fin. El hombre necesita comulgar con la mirada del otro. Anhelamos vínculos profundos y fraternos con el otro basados en un reconocimiento mutuo.

Pero las intenciones de Neoptólemo no eran las mismas que las de Filoctetes. Él iba a engañarlo, no lo estaba reconociendo realmente, de donde lo que tenían era más bien un *pseudovínculo*. Cuando fracasan los vínculos aparece la violencia fácilmente, actuando como difusora de la convicción nihilista de que la vida propia carece de valor y, por tanto, mucho más la ajena.

Y creo que esto no es más que otra de las tantas formas de intolerancia que presenciamos hoy en día: una intolerancia, basada en la mentira, la violencia y el afán de dominación sobre el otro; pero quizá sea ésta la peor de sus versiones, porque atenta directamente contra la alteridad de la persona y su dignidad ontológica.

Los vínculos humanizantes son los que se ejercen en el respeto de las libertades y su compromiso mutuo. Pero para esto debemos abrirnos a la diferencia, a la alteridad; salir de nosotros mismos y entregarnos, para retornar a nuestro centro cargados de experiencia enriquecida. No hay vínculo que no se potencie a través de una entrega profunda. Y es cierto que el experimentar implica abrirse al peligro a lo por venir, embarcarnos en una aventura, pero es sólo así como logramos ampliar nuestro campo de posibilidades, al encontrarnos con la novedad.

3.3. La búsqueda de reconocimiento en la tolerancia

Para Rainer Forst los grupos marginados, no reconocidos, ya poseen una determinada identidad. De donde nos propone que la lucha en pos de la tolerancia es la lucha por el reconocimiento político y jurídico:

Tenemos aquí una lucha por el reconocimiento que no parece ser una lucha por el reconocimiento social general o por la valoración de la identidad propia [...] Antes

bien, se exige la libertad de conservar la identidad particular comunitaria y ser reconocidos como ciudadanos equiparados jurídica y políticamente.²¹

Es decir, el reclamo de ser tolerados no apunta tanto al reconocimiento de la propia identidad como valiosa, sino que ésta es un requisito previo y no la meta de esta batalla. Los que emprenden las luchas por el reconocimiento ya tienen una autocomprensión de estar equiparados moralmente a la mayoría y consideran que su identidad religiosa o cultural tiene una dignidad que merecen ser defendida. “En consecuencia, su autocomprensión positiva y su autoestima no parecen depender del reconocimiento de la mayoría, ni en el nivel moral básico ni en el concreto ético-religioso”.²²

La meta no consiste, creo yo, en ser valorados por quienes uno piensa que están profundamente errados en lo religioso y lo ético. Antes bien, la meta es ser respetados como seres con igualdad de derechos en lo moral y lo político a pesar de las profundas y persistentes diferencias éticas: como personas con un derecho efectivo a la justificación. [...] Según esto el motivo principal de las luchas por la tolerancia equitativa es ser tratado de manera justa, en la dignidad como ser moral.²³

Pero nosotros creemos que en el fondo, sí se busca el reconocimiento del propio valor. Solo logramos considerar que nuestra vida es valiosa, si somos confirmados en ese valor a través del amor. Creemos que el motivo principal de las luchas por la tolerancia equitativa no es *ser tratado de manera justa, en la dignidad como ser moral*, sino más bien ser reconocido en la propia dignidad ontológica.

Es evidente que no nos basta con existir «sin más ni más», como ya ocurre de todos modos. Precisamos también de una aprobación expresa de ese hecho: «Me parece bien que existas, es maravilloso que estés ahí». En otros términos, lo que necesitamos además del puro existir es esto: ser amados por un semejante. Algo asombroso, si se mira de cerca. El haber salido de las manos de Dios no es, al parecer, bastante; se requieren una continuación y una consumación... por la fuerza creadora del amor humano.²⁴

Amar a alguien significa aprobarlo como ser bueno; volverse hacia él y decirle: *¡Me parece bien que existas, que estés en el mundo!*²⁵ No se trata de un mero mostrarse satisfecho sino de un aplauso entusiástico: quiero que tú existas.

4. CONCLUSIÓN

Si bien en el mundo en que vivimos presenciamos una ausencia de rostros, el hombre no logra quedarse encerrado en sí mismo. Sus tendencias lo impulsan a la comunión con lo otro, y de esta comunión depende su vida. La mirada del hombre busca comulgar con otra mirada,²⁶ conquistar esa mirada y ser imagen para ella. Esta mirada es un posible lugar de encuentro, nos abre a un espacio, a una morada común donde habitar; es una mirada hospitalaria que viene con un permiso para entrar en la vida del otro y penetrar en el misterio de la existencia.

El hombre se revela ante este reconocimiento falso que se presenta en la *tolerancia del permiso*, porque en el fondo anhela el reconocimiento verdadero. Y creemos que la *tolerancia*, que de por sí encierra algo de rechazo y no aceptación respecto de la alteridad, nunca logrará provocar en el otro la experiencia de lo valioso. Pedir tolerancia cuando en el fondo lo que buscamos es reconocimiento, es como pedirle peras al olmo.

El hombre busca la mirada del otro que lo confirma en su existencia individual. Simone Weil sostiene que “los desdichados no tienen en este mundo mayor necesidad que la presencia de alguien que les preste atención. [...] Esta mirada es, ante todo, atenta; una mirada en la que el alma se vacía de todo contenido propio para recibir al ser al que está mirando tal cual es, en toda su verdad”.²⁷ Pero creo que no son solo los desdichados los que necesitan de una mirada atenta, sino que todos necesitamos sentirnos valiosos para estar seguros de nosotros mismos y creer que nuestra vida tiene alguna razón de ser. No somos más que mendigos indigentes en busca de la confirmación del propio valor.

Y “la simple experiencia de resultar valioso e importante para otra persona tiene un tremendo poder recreador”.²⁸ Cuando nos experimentamos valiosos nos ponemos a trabajar por lo que es bueno. Muchas veces no somos conscientes de la riqueza que tenemos para compartir con los demás, y necesitamos de la mirada del otro que nos saque de ese pozo de oscuridad en el que estamos inmersos. “La única salida aquí es un rostro [...] únicamente su mirada nos salva de la nada. [...] ¿Y qué es un rostro hecho mirada sino un desgarrón salvador en la inmensidad cerrada del mundo?”²⁹ El yo es para el tú el verdadero descanso de su anhelo de comunión.

¹ EVDOKIMOV, P. Citado por Oliver Clement en *Sobre el hombre*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1983, 126.

² Cf. *Ibid.*, 125-137.

³ ZIZIOULAS, I. *Comunión y alteridad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2009, 13

⁴ LIPOVETSKI, G., *La era del vacío*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1990, 34.

⁵ “*To love myself enough so that I do not need another to make me happy*”. *Ibid.*, 54.

⁶ *Ibid.*, 77.

⁷ *Ibid.*, 78.

⁸ ADORNO, TH. W., “La educación después de Auschwitz”, conferencia publicada en *Consignas*, Ediciones Morata S.L., Buenos Aires, 1973, 88.

⁹ Creo que esto es resultado del rechazo del Otro por excelencia, de ahí la necesidad de retornar a la experiencia del don que confirma nuestra existencia.

¹⁰ Cf. NUSSBAUM, M., *La nueva intolerancia religiosa*, Ed. Paidós, España, 2013, 49-50

¹¹ *Ibid.*, 81

¹² *Ibid.*, 83

¹³ MOSTO, M., *El mal y la libertad*. Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2009. 25

¹⁴ FORST, R., *Justificación y crítica. Perspectivas de una teoría crítica de la política*, Capital intelectual, Buenos Aires, 2015, 149

¹⁵ Cf. *Ibid.*, 150-151

¹⁶ *Ibid.*, 153

¹⁷ *Ibid.*, 167

¹⁸ SÓFOCLES, “Filoctetes” en *Obras completas*, Ed. Gredos, Madrid, 1986, 339

¹⁹ Cf. El Canto IX de *La Odisea* de Homero. La figura de los cíclopes que *no plantan árboles con sus manos ni labran los campos*. El no tener que cultivar la tierra equivale a no cultivar el nosotros. Del mismo modo que la tierra se cultiva con el arado, la azada y otros instrumentos de labranza, el nosotros se cultiva con lo que se comparte: la palabra, en primer lugar. Y este nosotros no es cultivado por Filoctetes tampoco, no porque no quiera, sino porque no tiene con quién compartir, con quién relacionarse.

²⁰ SÓFOCLES, “Filoctetes”, 347

²¹ FORST, *Justificación y crítica. Perspectivas de una teoría crítica de la política*, 156

²² *Ibid.*, 169

²³ *Ibid.*, 169-170

²⁴ PIEPER, J., *Antología*, Herder, Barcelona, 1984, 43-44

²⁵ *Ibid.*, 41.

²⁶ Cf. MOSTO, M., *El mal y la libertad*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2009, Capítulo: “La imagen y la mirada” (17-52).

²⁷ WEIL, S., *A la espera de Dios*, Ed. Trotta, Madrid, 1993, 67-73.

²⁸ NOUWEN, J., *La compasión en la vida cotidiana*, Ed. Lumen, Madrid, 1996, 96.

²⁹ CLEMENT, *Sobre el hombre*, 82.